

Atiq Rahimi

**Maldito sea Dostoievski**

Traducción del francés de  
Elena García-Aranda

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

*Me hubiera gustado tanto cometer el pecado de Adán.*

Hafiz Azish, *Poética de la tierra*

*Mas la existencia, como la escritura, se aferra  
a la repetición de frases robadas a otros.*

Frédéric Boyer, *Técnicas del amor*

Apenas Rasul levanta el hacha para dejarla caer sobre la cabeza de la anciana, la historia de *Crimen y castigo* le viene a la mente. Le abrumea. Le tiemblan los brazos, las piernas le bailan. Y el hacha se le escapa de entre las manos. Hiende el cráneo de la mujer, quedándose allí clavada. Sin un ruido, la vieja se desliza por la alfombra roja y negra. Su velo, con motivos de flores de manzano, flota en el aire antes de caer sobre el cuerpo rechoncho y flácido. La sacuden espasmos. Respira todavía una vez más, puede que dos. Sus ojos, abiertos como platos, quedan fijos en Rasul, de pie en medio de la habitación, y sin aliento, más pálido que un cadáver. El *patu* le cuelga de los hombros huesudos. Su mirada asustada permanece absorta en el reguero de sangre, esa sangre que chorrea por el cráneo de la anciana, se confunde con el rojo de la alfombra, tapando los dibujos negros, y después fluye lentamente hacia la rolliza mano de la mujer, que se aferra a un fajo de billetes. El dinero se manchará de sangre.

¡Muévete, Rasul, muévete!

Inercia absoluta.

¿Rasul?

¿Qué le retiene? ¿En qué está pensando?

En *Crimen y castigo*. En eso, en Raskólnikov, en su destino.

Pero antes de cometer el crimen, cuando lo estaba planeando, ¿no había pensado en ello?

Parece que no.

O quizás esa historia, latente dentro de él, le ha incitado al asesinato.

O quizás...

O quizás... ¿Qué? ¿Es realmente éste el momento de meditar sobre su actuación? Una vez que ha matado a la vieja, no le queda sino coger el dinero, las joyas... y huir.

¡Huye!

No se mueve. Se queda de pie. Petrificado, como un árbol. Un árbol muerto, que ha enraizado en las baldosas de la casa. Su mirada sigue el hilo de sangre que está a punto de llegar a la mano de mujer. ¡Que se olvide del dinero! ¡Que abandone la casa, rápido, antes de que llegue la hermana de la vieja!

¿La hermana de la vieja? Esta mujer no tiene ninguna hermana. Tiene una hija.

No importa si es la hermana o la hija, eso no cambia nada. En este instante, sea quien sea el que entre en la casa, Rasul se verá obligado a matarlo también.

La sangre, justo antes de tocar la mano de la mujer, se ha desviado hacia un remiendo de la alfombra, donde forma un charco no lejos de una cajita de madera rebosante de cadenas, collares, pulseras de oro, relojes...

¿Qué importan ahora todas esas minucias? ¡Coge la caja y el dinero!

Se agacha. Su mano duda, mientras se alarga hacia la mujer para arrebatarle el dinero. Ahora tiene el puño rígido, como si todavía estuviese viva y sujetase con fuerza el fajo de billetes. Él insiste. Inútilmente. Ofuscado, fija la mirada en los ojos, ya sin alma, de la mujer. Ve allí el reflejo de su rostro. Esos ojos desorbitados le recuerdan que la última imagen que una víctima conserva de su asesino se le queda grabada en las pupilas. El miedo le invade. Retrocede. Su imagen, en el iris de la vieja, se diluye lentamente tras las pupilas.

—¿Nana Alia? —una voz de mujer retumba en la casa.

Ya está, ya está aquí, no debía haber venido. ¡Rasul, se ha jodido todo!

—¿Nana Alia?

¿Quién es? ¿Su hija? No, no es una voz joven. No importa. Nadie debe entrar en esta habitación.

—¡Nana Alia! —la voz se acerca—, ¿nana Alia? —sube por la escalera.

¡Rasul, vete!

Sale disparado como un cohete, se precipita hacia la ventana, la abre y salta al tejado de la casa vecina, abandonando el *patu*, el dinero, las joyas, el hacha... todo.

Cuando llega al borde del tejado, vacila antes de saltar al callejón. Pero el espantoso grito que retumba desde la habitación de nana Alia hace temblar sus piernas, el tejado de la casa, la montaña... Se tira y aterriza bruscamente. Un dolor lacerante le traspasa el tobillo. No importa. Hay que levantarse. El callejón está vacío. Hay que ponerse a salvo.

Corre.

Corre sin saber a dónde ir.

No para hasta verse en medio de un montón de desperdicios, en un callejón sin salida, donde hay un hedor que echa para atrás. Pero él no nota nada. O se aguanta. Se queda allí. De pie, apoyado en la pared. Sigue oyendo la voz chillona de la mujer. No sabe si ella continúa gritando, o si acaso es él que está obsesionado por el grito. Contiene la respiración. De repente el callejón, o su cabeza, se vacía de gritos. Se separa de la pared para marcharse. El dolor del tobillo le paraliza. Su rostro se contrae. Se apoya de nuevo contra la pared, se agacha para frotarse el pie. Pero algo empieza a rebullir dentro de él. Invasión por las náuseas, se inclina un poco más y vomita un líquido amarillento. El callejón sin salida, con todas sus basuras, da vueltas a su alrededor. Se agarra la cabeza con las manos, y pegando la espalda a la pared se desliza hasta el suelo.

Con los ojos cerrados, permanece inmóvil durante un buen rato, conteniendo la respiración, intentando escuchar algún grito, algún lamento procedente de la casa de nana Alia. Nada. Nada más que el latido de la sangre en sus sienas.

A lo mejor la mujer se ha desmayado al descubrir el cadáver. No, espera.

¿Quién era esa mujer, esa especie de demonio que lo ha echado todo a perder?

¿Verdaderamente era ella o... era Dostoievski?

¡Dostoievski, sí, es él! Con su *Crimen y castigo* me ha dejado fulminado, paralizado. Me ha impedido seguir el destino de su

héroe, Raskólnikov: matar a una segunda mujer, ésta sí, inocente; llevarme el dinero y las joyas que me hubieran recordado el crimen... convertirme en presa de los remordimientos, hundirme en el abismo de la culpa, acabar en la cárcel...

¿Y qué? Eso hubiera sido mejor que huir como un pobre imbécil, un criminal idiota. Con sangre en las manos pero con los bolsillos vacíos.

¡Qué absurdo!

¡Maldito sea Dostoievski!

Nerviosamente, se sujeta el rostro con las manos, manos que luego se pierden entre sus cabellos crespos y se entrelazan tras su nuca, empapada de sudor. Y de repente, un pensamiento punzante le traspasa: si la mujer no es la hija de nana Alia, ha podido cogerlo todo y marcharse tranquilamente. ¿Y yo, entonces? Mi madre, mi hermana Donia, mi prometida Sufia, ¿qué va a ser de ellas? Por ellas he cometido ese asesinato. Esa mujer no tiene derecho a aprovecharse. Tengo que volver. ¡Al demonio el tobillo!

Se levanta.

Reemprende el camino.